

montagne murió el 1 de junio en San Sebastián, víctima de una perforación de estómago.

Grandmontagne hizo posible la colaboración de muchos de nuestros escritores en diarios argentinos. Y ayudó a conocer en España la realidad de aquella su otra patria. Diré, porque siempre resulta útil a su biografía, que era sobrino del poeta vasco Claudio Otaegui y que descendía de «ferrones» (templadores del hierro) procedentes del Bearn vasco-francés, aposentados en la provincia de Burgos por necesidades de trabajo cuando nació el que sería escritor.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía de Grandmontagne no es muy extensa en libros y sí en artículos de diarios y revistas. El quería ser periodista; por eso acabó el creador de ficciones y caracteres. Después de *La Maldonada* publicó *Estudios biográficos* (cinco volúmenes), hoy desconocidos e inencontrables. Publica *Crónicas de Marianela* en 1917, obra en la que, adoptando la personalidad de una mujer, analiza la sociedad argentina de su época. Grandmontagne refrendaba aquí lo buen conocedor que fue de caracteres femeninos. En 1901, *Vivos, tilingos y locos lindos*, gracioso y ágil estudio de estos tres tipos característicos de la sociedad bonaerense. En 1922 ve la luz *Paisajes de España. Galicia y Navarra*, lo mejor que había escrito Grandmontagne, en opinión de Unamuno.

El ultraproteccionismo (1908) y *Una gran potencia en esbozo* (1923) dan la medida de la erudición y el ingenio del ensayista. De 1933 es *Los inmigrantes prósperos*, análisis de la sociedad argentina, de los emigrantes triunfadores, de los trucos de su triunfo en aquella dura y milagrosa pampa que él conoció bien. En 1966 se publicaba en España una antología de su prosa periodística, *Páginas escogidas (1920-1935)*³, con un acertado prólogo de Ricardo Sáenz Hayes. Dejó también preparada una novela, *El Padre de la Colonia*, que no llegó a editarse, y una obra de teatro, *El avión*, estrenada por la compañía Díaz de Mendoza.

GRANDMONTAGNE Y EL 98

«Y en la pampa, / hizo su historia conquista. / El cronista / de dos mundos, bajo el sol, / el duro pan se ganaba, / y, de noche, fabricaba / su magnífico español.» Así saludaba Antonio Machado a Grandmontagne en la cena homenaje al hispano-argentino. Para quienes hoy

³ Madrid, Ed. Aguilar.

lean las actas de las celebraciones en la cripta del Pombo aquel homenaje puede parecer una sorpresa. Grandmontagne convivió con los noventaiochistas como en su medio natural. Amigo de *Azorín*, Unamuno, Maeztu, Machado, y enemigo irreconciliable de Pío Baroja. En la correspondencia que mantuvo con Unamuno—sólo se conservan las cartas de Grandmontagne; las de Unamuno se perdieron en un incendio que destruyó parte de la biblioteca de Grandmontagne—están explicadas muchas de sus motivaciones y conocimientos filosóficos. También su devenir personal, que noveló en *Teodoro Foronda*.

Con *Azorín* hay una evidente coincidencia como paisajista del alma castellana; Grandmontagne era castellano y lo sentía, como el ser vasco y el ser argentino. De Ramiro de Maeztu fue Grandmontagne adorado modelo. He advertido su influencia también en Pérez de Ayala. Ya he señalado su intervención para facilitar colaboraciones de escritores de esta generación en las publicaciones argentinas. El ser embajador de las letras españolas lo convirtió en eterno desconocido en ambos continentes. Además de publicar *Páginas escogidas* y ahora *La muerte del paganismo*⁴, ningún estudio se ha hecho sobre él.

LA MUERTE DEL PAGANISMO

En las cartas a Unamuno ya indica Grandmontagne su preocupación filosófica de emigrante autodidacta. A la sombra de una carreta en la pampa lee a Nietzsche. Escribe esencialmente sobre temas de orden sociopolítico. Y muestra una clara preocupación por el valor de símbolo y de comunicación de la palabra.

«Plutarco refiere la historia de la muerte de Pan...» Así comienza este libro. Pero Plutarco encontrará referencias a lo largo de los 35 artículos que lo componen. Sobre el tiempo, almanaques y oráculos; Grandmontagne explica el origen del nombre de los meses; el calendario republicano y romano; el tiempo en la historia, que hace pobres y ricos, y de éstos hace cultura, mecenazgo; cultura y genio militar, ingresiones en la cultura tradicional; Alejandro Magno; la gula y la sensualidad, que conforman la misma situación gozosa de la vida... Grandmontagne discurre por el texto como observador de amplia mirada penetrante. El filósofo Walter Bagehot, por ejemplo, le da pie para discurrir sobre la comunicación, el complejo asociativo de las palabras; Taine, la democracia, la literatura política...

En *Páginas escogidas* se incluyen artículos más en torno a la vida del escritor: su visión de Castilla, impresiones de niñez en el País Vasco,

⁴ Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1977.

notas folklóricas, nostálgicas. *La muerte del paganismo* reúne, en cambio, noticias en torno a las ideas de Francisco Grandmontagne, lo que compone su estructura de pensamiento, inquietudes del autodidacta lector voraz de libros, con una apuntada sobria erudición. Hay que lamentar que el libro no se abra con una introducción a la figura y a la obra de Grandmontagne, y que no se indique al final de cada capítulo en qué época y dónde fue publicado el artículo. Pierde así cierta coherencia el libro dada la magnitud de la obra periodística de Grandmontagne.

Cito, para terminar, una frase de comunicación cultural España-Argentina, eterna preocupación de Grandmontagne: «Una de las cosas que de recién llegado a Buenos Aires llamaron, desde luego, mi atención solícita y fluctuante fue la venta a pregón en la calle Florida, la calle de las Sierpes bonaerense, de diccionarios de la lengua, diccionarios de sinónimos y manuales de ortografía. He aquí, pensé, un rito popular a la pureza del idioma como no se halla quizá en ninguna otra parte».— PABLO DEL BARCO (*Departamento de Literatura Española. Facultad de Filosofía y Letras. SEVILLA*).

REALIDAD E IRREALIDAD EN LA POESIA DE ELENA ANDRES

El buscador (1959), *Eterna vela* (1963), *Dos caminos* (1964) y *Desde aquí mis señales* (1971) son los cuatro libros que hasta el presente constituyen la obra de Elena Andrés, y que le han valido para colocarla entre una de las voces más importantes de la poesía española de los últimos años. Elena Andrés es una voz firme, seria y profunda; una poeta siempre sugerente, diversa y de pulcra y personalísima expresión. Adentrarse en su mundo poético es una tarea no fácil, pero sí sumamente recompensante por el estímulo intelectual y sensible que produce al lector.

La poesía de Elena Andrés es una búsqueda incesante, una penetración acosadora de la realidad para intentar saber el porqué de éstos átomos alucinados que nos configuran hombres y mujeres para la vida, para la nada.

El ser humano aquí y ahora, sometido a una sociedad no siempre justa y el ser humano sin tiempo ni espacio, proyectados en su dimensión eterna, son los dos polos principales de la poesía de Elena Andrés. Poesía la suya inmersa en la corriente universal del siglo, el surrealismo. Poesía que además emana a nivel vital y formal de la tierra misma que

ha dado vida a la poeta, del paisaje reconcentrado e inmenso de Castilla. Poesía sobria e intensa, podada de todos los adornos accesorios. Poesía, en fin, de una justa expresividad a la par que potenciada por una profunda reflexión en torno al ser humano en el universo.

La indagación de la poeta¹ comienza en el primer poemario, *El buscador* (1959), y continúa insistentemente a través de todos los libros posteriores.

El título de este primer poemario es significativo: la búsqueda de la esencia del ser humano que se palpa a sí mismo, se nota vivir, pero que, en definitiva, no llega jamás a concretar el porqué de su presencia en el universo ni el porqué de su destino. El hablante lírico (el Buscador; trasunto del poeta) experimenta una y otra vez el irresistible misterio de lo inmaterial, de lo abstracto que siente que lo configura más allá de su realidad corpórea. El buscador lo siente todo, el júbilo de la materia, el miedo de la muerte, la extrañeza de la percepción, la nostalgia del pasado, el misterio del origen y la inquietud del destino del hombre.

El sentir del buscador se inicia en la materia misma que lo configura, es decir, en su propio cuerpo que observa o que se funde con el espacio concreto que lo rodea. La realidad concreta es, pues, el primer paso en la indagación del ser, pero esta realidad pronto es traspasada y trascendida a otras esferas de percepción. La realidad se transmuta en una suerte de irrealismo apasionado por el cual la poeta se lanza en persecución de su misma esencialidad, es decir, la esencialidad del ser humano. Y esta búsqueda es constante en toda la poesía de Elena Andrés, es la razón de su decir poético.

En el libro que comentamos el mundo presentado por Elena Andrés es a la par real e irreal, concreto y abstracto, natural y extraño. Los seres que en él se mueven adquieren matices cada vez más desdibujados hasta llegar a ser unos seres sonámbulos, vagamente oníricos o alucinantes. Seres que, como el loco del poema del mismo nombre (pág. 21) o el buscador del poema «A estos confetis» (pág. 207), gravitan flotantes en el silencio, el vacío, o el sueño de lo irreal. Y las cosas, esos elementos del paisaje en que se ancla toda la indagación tenaz de la poeta, tampoco aparecen reales y palpables, sino como envueltos en un escalofrío misterioso que revela otros niveles de existencia. Un trasmundo de muerte viva parece habitar el entorno real de las cosas en este libro. Y esto es así porque la poetisa intenta la indagación de una realidad que le permita rescatar el tiempo, ese hálito ancestral de tiempo muerto que vibra extrañamente por toda su poesía. Ese constante interés por

¹ *El buscador*. Ediciones Agora, Madrid, 1959.

el pasado remoto es una forma más de búsqueda del porqué del ser humano en el universo.

El presente y el pasado habitan en este libro, pero desanclados de una visión afirmadora o jubilosa. El mundo que aquí se observa o se sueña está traspasado por un irresistible escalofrío de misterio; por una niebla envolvente que lo desdibuja y no permite una sola clave esclarecedora. El frío del tiempo traspasándolo todo, de la muerte deshumanizándolo todo, es la nota más reiterativa del libro. Sin embargo, esta nada no se ve ni con dolor ni con tristeza, sino más bien con extrañeza, con un escalofrío de pasmo y es quizá esta sensación la que le dé a los poemas una inusitada fuerza expresiva:

*Como caen muertos los seres de niebla.
Buscador, estos Nadies que nos pulsan
con sus manos de muerto en la garganta,
estas sombras alargadas y frías
que llevan un secreto en los tejados,
las plazas y las fuentes.
Las catedrales y las casas altas
se adivinan flotando entre la niebla,
entre este mar de nada que nos pesa.*

(*El buscador*, pág. 26.)

La materia percibida (paisaje y seres humanos en ese paisaje) se transforma siempre en una irrealidad en la que no es posible concretar nada. Lo más concretamente real se desvanece en cuanto se reflexiona sobre él:

*Vámonos, Buscador, hacia esos campos,
sábanas de campánulas doradas,
alas de mariposas de colores,
aromas, vida por la vida misma
cubrirán nuestro cuerpo,
nuestro cadáver que ahora sólo sueña,
renacemos, caemos después muertos (pág. 33).*

El paisaje se ha percibido como materia viva, es movimiento (alas, mariposas, etc.), pero inmediatamente se ubica la percepción sensual en un contexto evanescente e inmaterial. El ser y el no ser (la plasmación del cuerpo concreto en el espacio e inmediatamente desvanecido) hecho tiempo inmemorial se establece como eje de todo el poema.

La reflexión de Elena Andrés es aguda y, a veces, de una claridad escalofriante. Se tiene en ocasiones la sensación de que su nivel de percepción está ya del otro lado, del lado de la inmaterialidad del no ser;

que ha rebasado la frontera de lo comprobable y se mueve en ámbitos ilimitados, ámbitos en los que han desaparecido el tiempo, el espacio, el recuerdo:

*Y de todos los sitios van saliendo
silenciosas y blandas esculturas
que chocan suavemente con mi frente.*

*Algo olvidé. Un silencio perdido.
Una idea larga como una medusa
de luz y niebla se extinguió en el aire,*

*se fue desdibujando lentamente
en los mil brazos de Nada que buyeron
volando hasta perderse en el espacio (pág. 72).*

Elena Andrés persigue con férrea claridad la dimensión esencial del ser humano. Las respuestas, sin embargo, no llegan jamás, pero su velar, su buscar, su caminar no cesa.

Eterna vela, segundo libro de poemas publicado por Elena Andrés, atestigua la constante búsqueda de su poesía. Fijar el tiempo, el espacio; serse en el universo, es la nota reiterativa de este libro. Pero tanto empeño tropieza con que la realidad no sólo no tiene permanencia, sino que no sirve de clave para desentrañar el porqué de nuestro devenir de seres de misterio. A través del pasado, punzantemente recordado, o a través del presente, tenazmente percibido, la poeta trata de fijar su ser en la vida (la nada que lo diluye todo). *Eterna vela* es un libro en el cual la poeta se palpa siendo y pugna porque el vacío no se adueñe del ser y de ahí que todo el mundo real que rodea a la poeta se transforme, sin embargo, en una fantasmagoría alucinante en donde ya no se sabe cuál es la dimensión del ser. Uno de los poemas donde, a mi parecer, se logra mejor esa sensación de extrañeza e irrealidad es el VII, del que reproducimos los siguientes versos:

*¿Llevaré el pensamiento disfrazado?
¿Ceñirá mi cabeza el cucurucho
de agua que lleva el personaje Nadie,
el caminante eterno que no tiene
nacimiento ni muerte ni aún olvido?
Tal vez, amigos, hay muchos instantes
que no los puede sellar nuestra sangre,
sonríen ajenos en extraños límites.
Pero, mirad, las casas nos contemplan
y achatando sus negros portalones
sueltan sus carcajadas de madera.*

(Eterna vela, págs. 19-20.)